

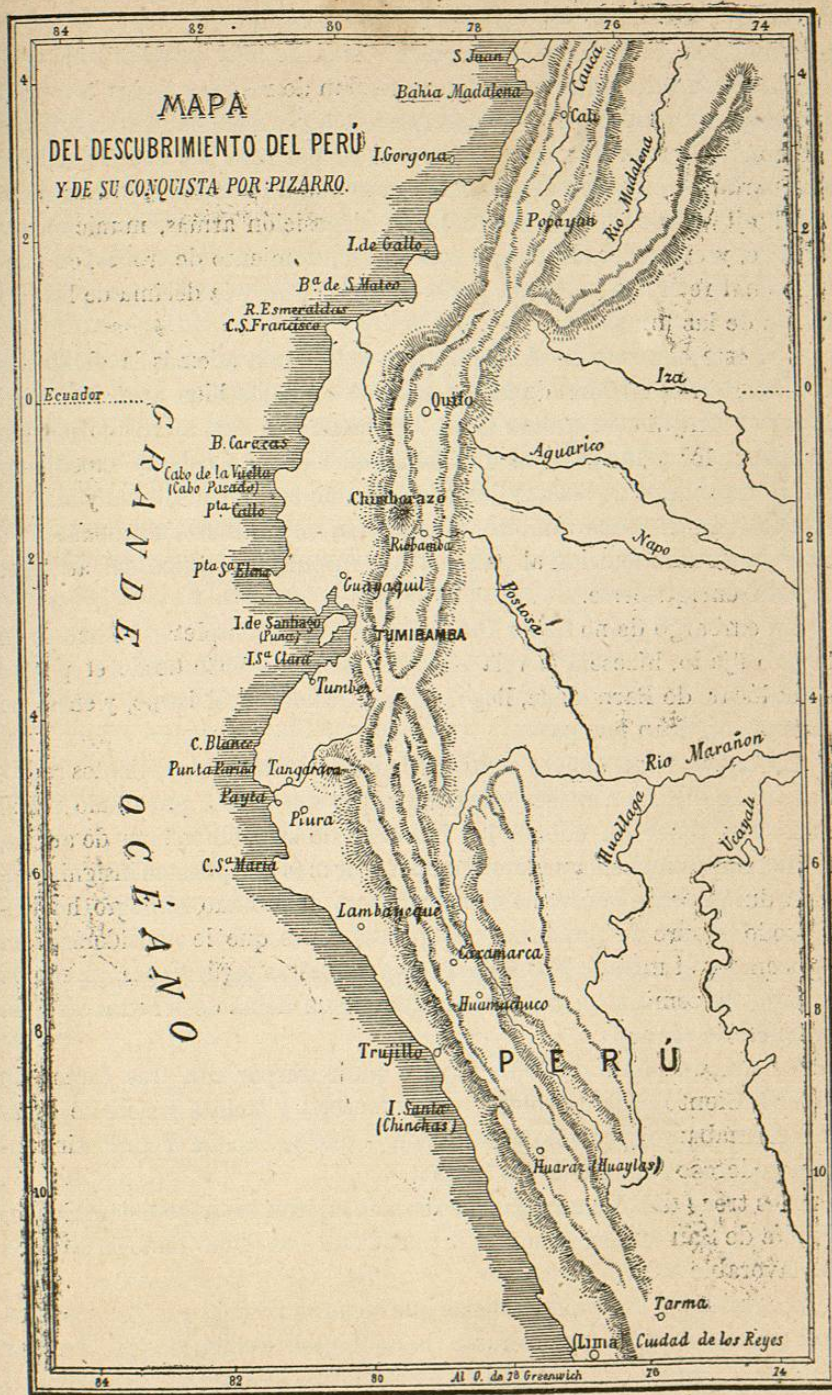
Túmbez era en aquella época el puerto más floreciente del norte del Imperio de los Incas, y una animada ciudad comercial, de cuyos habitantes, unos surtían de mercancías á todos los distritos de la costa, y los que no se dedicaban al comercio, como los artífices, jornaleros, pescadores, lavadores de oro y criadores de llamas, vivían desahogadamente con el producto de sus diversas ocupaciones.

No atreviéndose Pizarro á acometer con su pequeña hueste á un pueblo tan perfectamente organizado, mandó á sus gentes observar la más pacífica actitud, como lo efectuaron, y poco después continuaron su viaje hacia el Sur, llegando hasta los 9° de latitud meridional ó sea hasta la ciudad de Paíta y el río Santa, cuyo valle fertilísimo pertenecía también al imperio de los Incas.

Los españoles habían visto ya bastante, y cargados de oro y plata, metales obtenidos en parte traficando con los indígenas y el restante encontrado en los sepulcros de la isla de Puna, volvieron á Panamá precisamente el día mismo en que expiraba el plazo de seis meses fijado por el Virrey.

Aunque muy tentadoras las noticias de que eran portadores los aventureros, cuando enteró Pizarro al Gobernador, Pedro de los Ríos, del proyecto de la conquista del Perú, hízole este último enérgica oposición, pues decía que las expediciones de descubrimiento y conquista llevadas á efecto hasta entonces en los países del Sur, habían ocasionado numerosas víctimas, y que no quería dejar despobladas sus colonias. Convencidos los compañeros de Pizarro de que los Ríos no transigiría en lo más mínimo, resolvieron los tres aventureros que Pizarro marchase á España para hacer personalmente un relato al Emperador Carlos V de sus descubrimientos y demandar su protección.

Cuando Pizarro llegó á España con dicho objeto, así los presentes de oro y plata que llevaba, como los magníficos tejidos, mantas y alfombras de finísima lana, los indios y dos llamas vivas, llamaron tan poderosamente la atención del monarca que después de haber estudiado con detenimiento tanto las condiciones de aquel país como la carta geográfica trazada por Bartolomé Ruíz, accedió á hacer un contrato el 26 de julio del año de 1529, en el cual contrato nombraba á Pizarro adelantado del Perú, á Almagro gobernador de la fortaleza de Tumbez, y al sacerdote Luque obispo de la misma ciudad. Ruíz obtuvo el título de piloto mayor del mar del Sur, y los demás compañeros que habían permanecido fieles á Pizarro fueron agraciados con el de hidalgos. A todos se les prometieron pingües beneficios, y á Pizarro una renta anual vitalicia de 725000 maravedises, y á Almagro de 300000, obteniendo además el primero en el Perú, al que bautizaron con el nombre de Nueva Castilla, todos los derechos y fueros



de virrey, así como su correspondiente guardia de honor. Todas las recompensas estipuladas en el contrato eran de muy problemática realización ó cumplimiento, puesto que habían de resultar de los beneficios que proporcionasen aquellos países que había aún que conquistar. Además, la corona, fiel á su principio de hacer sacar por otro las castañas del fuego, guardóse muy bien de prometer su ayuda á la expedición con metálico, limitándose tan sólo á poner á su disposición armas, municiones y caballos, y conceder el permiso para el reclutamiento de tropas, en pago de lo cual retiraría la quinta parte de todo botín y la décima de los productos de las minas.

Con este contrato en el bolsillo, que le imponía además la obligación de alistar en el término de medio año 250 soldados bien armados, visitó Pizarro á Trujillo, su ciudad natal, obteniendo en ella, auxiliado por sus hermanos, los principales medios para poder llevar á cabo la expedición. Cuatro hermanos de Pizarro llamados Hernando, Gonzalo, Juan y Martín, hijos ilegítimos todos también, á excepción del primero, acompañaron á Pizarro en su expedición al país del oro impulsados todos del ardiente deseo de enriquecerse.

Sin embargo de no haber Pizarro conseguido completar su hueste en el plazo fijado, hízose á la vela el 19 de enero de 1530 desde el puerto de Sanlúcar de Barrameda, llegó sin contratiempo al istmo, y entró en Panamá con gran pompa.

Allí tropezó con nuevas contrariedades á causa de los violentos reproches que le dirigió Almagro, diciéndole que sólo había procurado por sí mismo sin tener en cuenta los intereses de sus compañeros de armas, para los cuales no había pedido al emperador más que puestos insignificantes. A duras penas consiguió calmar Pizarro al irritado Almagro, haciéndole todo género de promesas y sobre todo la de que le consideraría en todo como á sí mismo. Mas á pesar de todas estas seguridades, ya estaba arrojada la semilla de aquella rivalidad que había de ser más tarde la perdición de ambos.

Por fin, en enero de 1531, Pizarro pudo zarpar con tres barcos de Panamá. Ciento ochenta soldados de infantería y treinta y siete de caballería formaban el pequeño ejército con el que se decidía á combatir contra el poderoso imperio de los Incas.

A los trece días de navegación, desembarcaron los expedicionarios en la bahía de San Mateo, penetrando por lo tanto en dicho reino en la época más favorable para sus planes.

Al considerar las circunstancias que hicieron posible que los españoles en el primer ataque se apoderaran de aquel país, tenemos que observar que desde tiempo inmemorial el poder supremo en Tahuantinsuyu, el

reino de los cuatro puntos cardinales, estaba unido íntimamente á la sagrada persona del Inca.

«En ninguna parte ni nunca, afirma el Dr. Brehm en su interesantísima obra acerca del Imperio de los Incas, ha existido un jefe de gobierno que fuese, en la más lata acepción de la palabra, soberano absoluto, y no solo la cabeza, sino la base fundamental, de su reino. En él se unían todas las fuerzas, medios y voluntades de un gran pueblo; de él procedían la ley y el método; á su mano iban todas las contribuciones y todas las riquezas de sus gobernados, del mismo modo que sólo él derramaba sobre éstos bondades, bienestar y bendiciones.»

El origen de los Incas ó emperadores está envuelto entre las brumas de la Fábula, y la tradición hace del primero de éstos, llamado Manco Capac, un hijo del Sol, el cual, compadecido de la ignorancia y rudeza de los primitivos habitantes del Perú, envió á su hijo y á una hermana de éste, Mama Oello Huaco, que era á la vez esposa de su hermano, á la tierra para que instruyese á aquel pueblo desgraciado en las artes indispensables para el goce de una vida ordenada. Estos dos fundaron la ciudad de Cuzco, dando á los salvajes un alto grado de cultura. Prohibieronles que adorasen á los ídolos y les inculcaron el culto al Sol, que les concedía luz y calor, que hacía fructificar los campos y que era fuente de toda vida.

Manco Capac fué el fundador de la dinastía de los Incas que, á la llegada de los españoles al Perú, hacía ya algunos siglos que gobernaba, habiendo sabido fusionar en un estado bien ordenado los muchos y distintos pueblos en que se descomponía antes el reino.

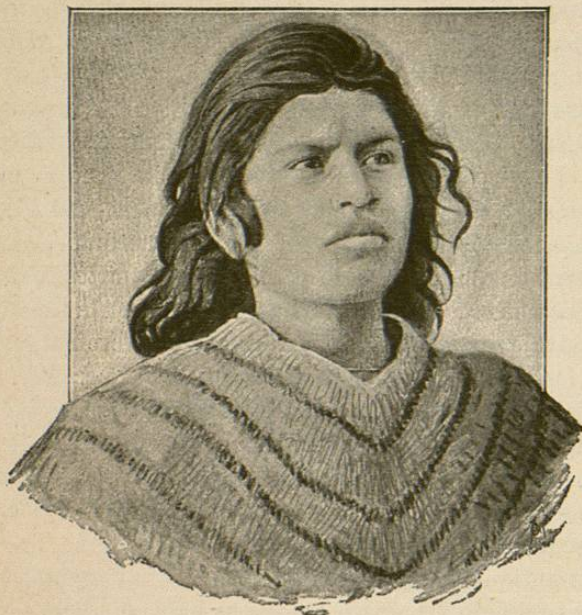
Según una tradición antiquísima, la dignidad de Inca era hereditaria, y desde mediados ó fines del siglo XII, época en que se había fundado verdaderamente dicha dinastía, había pasado por trece emperadores (1). Una

(1) Después de Manco Capac, que dejó de reinar en 1062, dirigieron los destinos del Perú los incas siguientes, los cuales gobernaron hasta el año que acompaña á sus nombres:

Sinchi-Roca.	1091
Lloque Yupanqui.	1126
Mayta Capac.	1156
Capac Yupanqui.	1197
Inca Roca.	1249
Yahuar Huácar.	1289
Huairacocha.	1340
Urco.	1389
Titu Manco Capac ó Pachacutec.	1400
Yupanqui.	1439
Tupac Yupanqui.	1475
Huayna Capac.	1526
Huáscar y Atahualpa.	1532 y 1533

ley rigurosamente observada consolidó esta monarquía, impidiendo pendencias con respecto á la sucesión. Dicha ley, hecha por Manco Capac, determinaba que, á fin de conservar limpia la divina procedencia de la dinastía y evitar las guerras de sucesión, el Inca se casaría siempre con su hermana mayor, y el hijo nacido de esta unión sería el heredero.

El primero que no observó esta ley fué Huayna Capac, poderoso gue-



Tipo de un indio del Oeste del Ecuador

rrero al que su pueblo agradecido había dado el sobrenombre de *Grande*, y que gobernó desde fines del siglo xv hasta 1526. Además del príncipe heredero nacido del matrimonio con su hermana, y llamado *Inti Cusi Hualpa* ó *Huascar*, tenía otro hijo habido con la hija del rey de Puitu; dicho príncipe, que llevaba el nombre de *Hualpa Titu Yupanqui* ó *Atahualpa*, demostraba cariño grandísimo á su padre; y como éste también le quería mucho, cele-

bró una conferencia con los grandes y en ella les manifestó que, puesto que desde su elevación al trono se había aumentado considerablemente el reino, no debían extrañar que dejase á su segundo hijo Atahualpa, una pequeña parte de los países por él conquistados, es decir, el reino de Puitu, al que pertenecía la ciudad de Tumbes. Nadie se atrevió á oponerse á tal decisión contraria á la ley de sucesión al Imperio de los Incas, y el mismo Huascar, heredero del trono, dió gracias á su padre por haber distinguido de aquella manera á su hermano.

Esta decisión de Huayna Capac habia de originar con el tiempo la perdición del reino, pues poco después de muerto él entablóse la lucha entre los dos hermanos. El origen de ella fué el haberse negado Atahualpa á prestar homenaje á su hermano Huascar. Hízose, por el contrario, monarca independiente de Puitu, lo cual dió lugar á una sangrienta gue-

rra por la soberanía suprema, cuyo estruendo conmovió los cimientos del reino de los Incas, que entonces se extendía hasta más allá de los actuales estados del Perú y el Ecuador. La suerte de las armas favoreció á Atahualpa, cuyos generales vencieron al ejército de Huascar en la batalla de Ambato en 1531, haciendo á éste prisionero.

Por sorpresa trataba Atahualpa de alcanzar la soberanía absoluta del reino, y con el pretexto de tratar de la repartición del mismo entre él y su hermano convocó en el Cuzco á todos los individuos de la familia de los Incas, para una vez reunidos asesinarlos á todos de la manera más cruel. Había decidido exterminar toda la familia de su padre para que siendo él el único sobreviviente, poder con toda libertad ocupar el trono. Atahualpa había salido precisamente de su reino de Puitu y se hallaba en el camino de Cuzco, donde pensaba cerciorarse del fruto de su victoria, cuando Pizarro y su gente desembarcaban en la bahía de San Mateo.

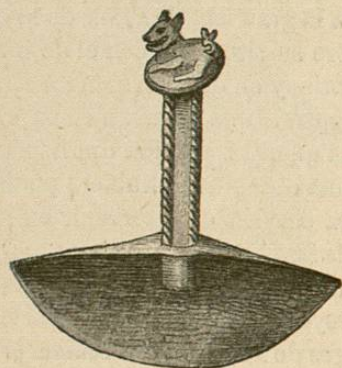
Devastando cuantos pueblos hallaba á su paso siguió Pizarro con su gente á lo largo de la costa hasta llegar al Golfo de Guayaquil, atravesándolo en balsas hasta la gran isla de Puna, de la que se apoderaron por la fuerza y cuyo nombre sustituyeron con el de isla de Santiago. Allí recogieron importante botín, y en ella permanecieron durante la época de las lluvias. Por los intérpretes que llevaban en su compañía tuvieron noticia los españoles de la guerra fratricida que había estallado en el reino, y en verdad que ninguna otra nueva hubiera podido agradar más á Pizarro, pues ella le daba ocasión de intervenir en los asuntos del reino y lograr ascendiente en la familia del soberano.

Como según datos adquiridos había vencido Atahualpa, y por lo tanto logrado la soberanía, creyó Pizarro prestarle un servicio poniendo en libertad á seiscientos hombres de Tumbes que tenían prisioneros los habitantes de la isla de Puna, enemigos de aquél. Pero si suponía Pizarro que con esto aseguraba á su huete una hospitalaria acogida en Tumbes, los hechos demostraron que se había equivocado. Los habitantes de dicha ciudad habían oído hablar ya bastante de la dureza con que los españoles trataban á los indios, y no deseaban por lo tanto entablar relaciones con ellos. Así es que cuando trataron de desembarcar empuñaron los indígenas las armas para impedirlo y al ver que aquéllos lograban realizar el desembarco, destruyeron ellos mismos su floreciente ciudad y huyeron á la montaña.

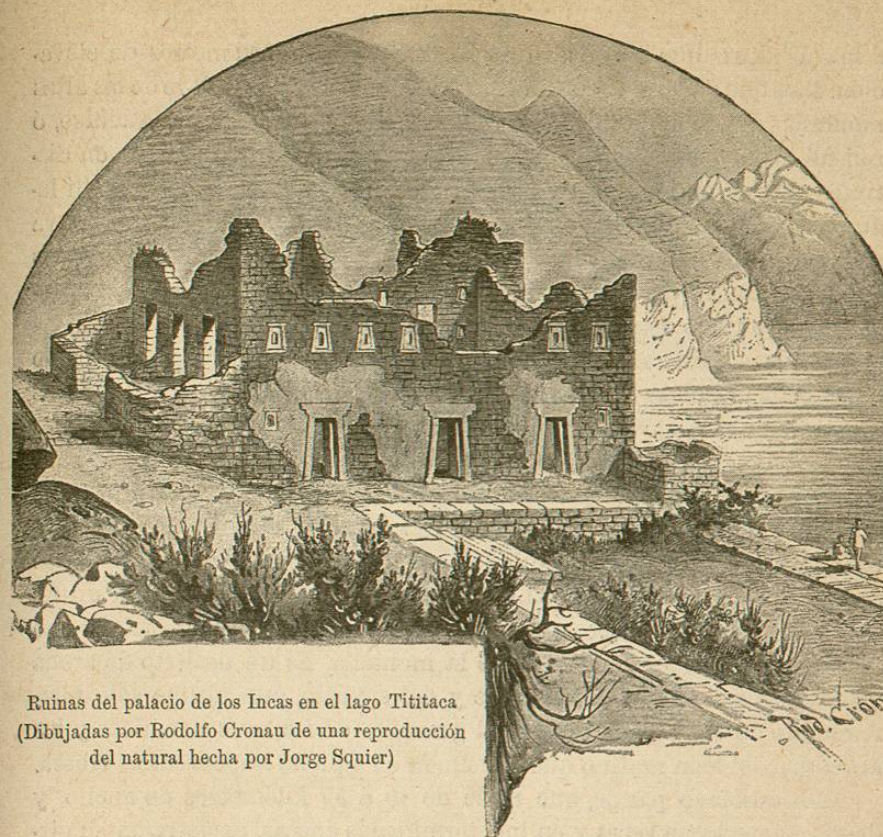
Pizarro, cuyos guerreros habían aumentado con algunos refuerzos que le llegaron de Nicaragua, dirigióse más hacia el Sur, penetró en el frondoso valle de Tangarara, y fundó, en lugar del pueblo indio del mismo nombre, la colonia de San Miguel, dejando en ella cincuenta soldados y al tesorero real. El partió en octubre para dirigirse en línea recta al campa-

mento de Atahualpa. Si consideramos que Pizarro llevaba tan sólo sesenta y dos jinetes y ciento seis soldados de infantería, de los cuales solamente algunos tenían armas de fuego y ballestas, hay necesidad de consignar esta marcha de Pizarro como uno de los hechos más audaces que registra la Historia.

Pero antes de entrar de lleno en la descripción de esta campaña, haremos una pequeña digresión acerca del poderoso reino de los Incas y el estado en que se hallaba en la época de la invasión española.



Antigua cuchilla peruana de bronce



Ruinas del palacio de los Incas en el lago Tititaca
(Dibujadas por Rodolfo Cronau de una reproducción del natural hecha por Jorge Squier)

EL IMPERIO DE LOS INCAS TAHUANTINSUYUS

El teatro donde se desarrollaron los sucesos que vamos á describir en este capítulo es uno de los más interesantes y grandiosos de la Tierra.

«En ninguna parte del mundo, dice el explorador americano Jorge Squier, en su célebre obra de viajes del Perú (1), toma la naturaleza formas tan majestuosas, imponentes y variadas, como en los dilatados países en que fueron un tiempo soberanos los Incas. A desiertos tan áridos y medrosos como el Sahara suceden valles tan ricos y frondosos como los de Italia. Montes que parecen tocar al cielo elevan sus cimas, cubiertas de nieves perpetuas, sobre uniformes y tristes mesetas situadas

(1) Perú, *Incidents of travel and sploration in the Land of the Incas*, de Jorge Squier.